

## **Malinche, Borges y la fascinación por lo foráneo en la cultura latinoamericana**

### *Entre dos mundos*

Gabriel Cocimano

#### **Resumen**

#### **Abstract**

**Palabras clave:** Malinche, Borges, mestizo, Puerto Rico, exilio, identidad, autodenigración,

**Key Words:** Malinche, Borges, *mestizo*, Puerto Rico, exile, identity, myth, self-denigration,

Los **mitos** de la **seducción y fascinación** por **culturas ajenas** -e, implícitamente, el rechazo de la propia- han sido un tema recurrente en la historia latinoamericana. La leyenda de Malinche resume la paradoja de una cultura que, en tanto mestiza, cabalga entre dos mundos, y refleja una **carencia de identidad y carácter**. A su vez, la inteligencia del nuevo continente –de la que Borges es uno de sus más prestigiosos exponentes- también se forjó en su seducción por el legado literario europeo. **Nostalgia, soledad** y orfandad aparecen como sentimientos que reflejan la contradicción y el **exilio interno** en el destino latinoamericano. El caso extremo parece ser el de la identidad puertorriqueña, trocada en lealtad obsesiva y que grafica su particular condición de dependencia de los Estados Unidos.

*“Eran dos lenguas. Eran dos mundos. No. Dos universos. Tan lejanos, tan opuestos, imposibles de unir y hacer uno sólo”<sup>i</sup>*

La leyenda de Malinche resume, en sí misma, toda la paradoja latinoamericana. Esencialmente definida como *mestiza*, América Latina late en la contradicción de su legado: cabalga a medias tintas entre la modernidad de su *padre* –el conquistador europeo– y el llamado a perpetuar la herencia dolorosamente irrecuperable de su madre Malinche, como sugiere Enrique Dussel.

Esa leyenda contiene el sino de la *identidad* de un pueblo –el mexicano, pero que simboliza a toda Latinoamérica– producto de un riquísimo pasado precolombino unido a una no menos fuerte cultura de imposición europea. Detrás de esa identidad subyace la paradoja que representa para un pueblo la identificación y, al mismo tiempo, el rechazo de parte de su propia historia<sup>ii</sup>. Malinche, la noble azteca, había sido vendida por su madre como esclava a las regiones de habla maya en Yucatán. De allí, junto a otras veinte mujeres, le fue ofrecida al conquistador español Hernán Cortés, convirtiéndose muy pronto en su intérprete –por su conocimiento de las lenguas nativas y la rápida asimilación del idioma extranjero– y luego en su amante. Leal a Cortés –quien la hubo de bautizar como Marina, y a quien le dio un hijo– asimiló la cultura española, y su labor de intérprete benefició a la consolidación de la conquista de México a manos del país invasor.

*“Me di cuenta de que los que llegaban no se podían entender con los que acá vivían. Los vencedores jamás se entenderían con los vencidos. Tan diferentes eran. Y me di valor. Me atreví. Mentí a unos y a otros. Cambié las palabras. Me propuse convertir en verdad la gran mentira del entendimiento. Una mentira de dos caras. Por eso pudieron convivir sin hacerse la guerra (...) Lo intenté. No me arrepiento. Sólo*

*lamento que la ambición de unos y la desesperación de los otros acabara con mi intento*”<sup>iii</sup>.

¿Fue Malinche la *chingada traidora* del pueblo azteca? ¿fue el chivo expiatorio del fracaso de su rey, Moctezuma, que no supo defender su reino? Lo cierto es que hoy representa alegóricamente la traición y la deshonra a su propia casta. En “*El laberinto de la soledad*”, Octavio Paz parece pivotar sobre la *contradicción identitaria*, que es la de toda Latinoamérica. Por un lado, denuncia la existencia del término *malinchista* como equivalente a todo aquello que fue infiel a su pueblo por haber sido corrompido por influencias extranjeras y, por otro, afirma que “Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que le abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche”.

Es absurdo aceptar la responsabilidad de una persona en la derrota de todo un pueblo, pero el colectivo popular ha identificado a la aborígen azteca como el símbolo ejemplar de la *fascinación* experimentada por el amerindio ante los invasores. Esta identificación se ha trasladado hasta nuestros días, y constituye una instancia dramática que ha hermanado el destino latinoamericano: la carencia de identidad y carácter.

### ***Mitos de la autodenigración***

Si la idiosincrasia de América Latina bebe de la doble vertiente indígena-española – y en eso, como quedó dicho, radica la paradoja de nuestros pueblos- el mito de la seducción

y fascinación por culturas ajenas y extrañas e, implícitamente, el rechazo de la propia, ha sido recurrente en la historia latinoamericana. En México, país con un fuerte sentido de valores nacionalistas, el mito del padre conquistador y la madre sometida –aunque, en cierta forma, voluntariamente- es sentido como un desgarramiento de identidad, construido sobre la conciencia de una falta. Dice Octavio Paz que el *sentimiento de orfandad* es el fondo constante de las tentativas políticas y conflictos internos del ser mexicano: éste se define como ruptura y negación y, asimismo, como búsqueda, como voluntad por trascender ese estado de exilio.

Por un lado, Malinche representa la traición en la *fascinación* hacia el invasor; por el otro, “la Chingada es la Madre abierta, violada o burlada por la fuerza. El *hijo de la Chingada* es el engendro de la violación, del rapto o de la burla (...) si para el español la deshonra consiste en ser hijo de una mujer que voluntariamente se entrega, una prostituta, para el mexicano es ser fruto de una violación (...) la extraña permanencia de Cortés y de la Malinche en la imaginación y en la sensibilidad de los mexicanos actuales revela que son algo más que figuras históricas: son símbolos de un conflicto secreto, que aún no hemos resuelto”<sup>iv</sup>. En una obra expresionista del siglo XVIII queda amplificado el sentido del mito, en su trágico desgarramiento: “la pintura presenta a Cortés y a Malinche, desnudos, las manos entrelazadas y una suerte de quietud propia del Paraíso. Son la versión mexicana de Adán y Eva, pero a los pies hay una nota trágica: el cadáver de un indígena. Hay pues un aroma de fecundidad ensamblado con una nota de letal brutalismo. Se registra un enigma sórdido que catapulta nuestro complejo de inferioridad”<sup>v</sup>.

Pero éste sentimiento no es exclusivo del pueblo mexicano. Deutchier propone que el concepto común de identidad entre las sociedades latinoamericanas es el sentimiento de

*soledad*, la mezcla racial y la dependencia cultural. “*Cien años de soledad*”, que describe la vida de Macondo, es un buen ejemplo de cómo los latinoamericanos comparten ese sentimiento de soledad. Es, a la vez, un rechazo abstracto a la herencia colonial y a la devaluada herencia indígena<sup>vi</sup>.

El tema de la *traición* hacia la propia cultura está contenido en diferentes mitos y leyendas. En Nicaragua, por ejemplo, la sabiduría popular creó el mito de *la Llorona* – leyenda que se repite y extiende en diferentes versiones latinoamericanas- como regla de comportamiento de la mujer india frente al invasor. En esta historia ejemplar –en que esa mujer es víctima del desprecio de un hombre que no es de su misma raza- la muchacha india se enamoró de un blanco que la abandonó con un niño, a pesar de la advertencia de su madre que le recomendaba “no mezclar la sangre de los esclavos con la de los verdugos (españoles)”. Despechada por el abandono del hombre blanco, arrojó a su niño al río. Arrepentida por haber matado a su hijo, enloqueció y murió, pero su espíritu sigue vagando, con su llanto desgarrador, en medio del coro nocturno de voces de animales y del ritmo monótono de aguas, de quebradas y ríos<sup>vii</sup>. Otra leyenda nicaragüense es la de *la Mocuana*, hija de un cacique que había escondido sus tesoros para que los españoles no lo encontraran. Sólo ella conocía el escondite. Pero uno de los jóvenes españoles enamoró a la muchacha quien, traicionando a su padre, llevó a aquel hasta el tesoro. El joven, deslumbrado ante tanta riqueza, se quedó con el botín y dejó a la mujer encerrada en la cueva. Desde entonces, la leyenda de esta traición ha cobrado vida<sup>viii</sup>.

La fascinación por las culturas ajenas que revelan estos mitos se perpetuó en la América mestiza, acaso por carecer de un proyecto común que promoviera la identificación de la etiqueta *latinoamericana*. A esta característica se le sumó, además, un estímulo a

todas las formas culturales de la autodenigración y la creación de mitologías antiregionales a cargo de los dominadores de turno. En verdad, no ha existido una homogeneización cultural, una identidad común *latina*. Las naciones que se separaban de la colonia española tenían su propia cultura, dentro de una de más amplia órbita, producto de una lenta elaboración de elementos indígenas con los proporcionados por la conquista española y católica. En algunos casos, esta simbiosis estaba lejos de haberse realizado, y había más bien una superposición de culturas, como entre los aztecas y el incario. En otro, la fusión se había realizado dando una muy particular configuración cultural, como en el caso de los pueblos guaraníes del Paraguay con el aporte de los elementos hispánicos y jesuíticos, de tan fuerte individualidad que ha sobrevivido sin alterarse<sup>ix</sup>.

En referencia al ser mexicano, Octavio Paz planteaba la tesis acerca de la *soledad* y la orfandad (por la constante ruptura con el pasado) que estaría en lugar de ese *sentimiento de inferioridad* que evocaba Samuel Ramos en “El perfil del hombre y la cultura en México”. Entre otras, estas herencias dieron vida a las raíces de la crisis socio-psicológica de identidad. Algunas teorías han achacado al catolicismo y la conquista española el fracaso no sólo político-económico de Latinoamérica –haciéndola extensiva a las tesis precedentes– sino también identitario. Otras acusan la pasividad y la negligencia de las masas y la codicia de las elites locales. Esto ha contribuido a la creación de estereotipos y prejuicios – “*todos coinciden en hacerse de los mexicanos, dice Octavio Paz, una imagen ambigua, cuando no contradictoria: no somos gente segura y nuestras respuestas como nuestros silencios son imprevisibles, inesperados (...) Atraemos y repelemos*”- que tienen sus raíces en la perspectiva occidental, la que arrogantemente atribuye el retraso y la crisis de identidad a la falta de rasgos de actitud occidentalizados en el latinoamericano<sup>x</sup>.

Esta percepción negativa de los países imperialistas hacia el nuevo mundo ha sido trasladada a los sectores más letrados de la joven América, que recogieron esa versión y la cristalizaron culturalmente. “La inteligencia se hizo *intelligentzia* –expresa Arturo Jauretche<sup>xi</sup>-, y dando por resuelto que la cultura era exclusivamente lo importado, se convirtió en uno de los más eficaces instrumentos para extirpar de raíz los elementos locales de cultura preexistentes. Sólo la tradición oral y los hábitos cuya perdurabilidad es lentamente afectada por el cambio de condiciones parecieron subsistir como factores yacentes de la cultura derogada”.

Para esa inteligencia local, el desencuentro con su propia tierra ha sido patética: sobreestimación de lo europeo -y luego norteamericano-, menosprecio por lo mestizo y su connotación tácita con la idea de atraso y barbarie. Esa intelectualidad, “cuya vergüenza más íntima es no haber nacido a orillas del Támesis o del Sena, y cuya función específica reside en la formación de una *inteligencia traductora*”<sup>xii</sup>, parece haberse entrenado para justificar la perpetuación de la mirada negativa y devaluada de la propia conciencia *latina*.

### ***Exilio y revelación en el continente borgeano***

Como Malinche, también Jorge Luis Borges, el gran escritor argentino, resume la paradoja latinoamericana. Si aquella había sido intérprete del conquistador español, Borges se forjó en una mentalidad *traductora*, en su seducción por el legado literario europeo. También como la princesa azteca con su pueblo, Borges “había perdido el saber de sus antepasados criollos y, como argentino, una ligazón *natural* con Europa. Experimentó el problema de una cultura que se definía como europea pero no lo era del todo, porque se

había implantado en un país periférico y mezclado con el mundo criollo<sup>xiii</sup>. Para Borges, como para toda la inteligencia local, la auténtica *libertad* de los latinoamericanos está construida sobre la conciencia de una falta: la posibilidad de entrar y salir de dos culturas – la europea y la propia- a voluntad. En eso radica la *soledad*, tal como la concibe Octavio Paz, al señalar que “el sentimiento de la soledad es una nostalgia de espacio”, a la que entronca con el tema del *laberinto* –“su símbolo remite esencialmente a un cruce de caminos, a través de los cuales se intenta descubrir el camino que conduce al centro y a lo que en él se encuentra<sup>xiv</sup>- símbolo que precisamente va a trabajar el escritor argentino en algunos de sus cuentos.

Borges recorre en su literatura el espacio de dos mundos diferentes, como el de su origen mismo (el criollo de abuelo militar y el europeo de abuela inglesa). Este doble origen es plasmado en el cuento “*Historia del guerrero y la cautiva*”, en el que ambos personajes protagonistas, impulsados por la fascinación “de un Otro que no comprenden, eligen abandonar el lado al que pertenecen<sup>xv</sup>. Acaso como el propio Borges, y gran parte de la tradición literaria latinoamericana.

El Guerrero del cuento era un longobardo llamado Droctulft que abandona a su pueblo para pasarse a las filas extranjeras: “*venía de las selvas inextricables del jabalí y el uro; era blanco, animoso, inocente, cruel, leal a su capitán y a su tribu, no al universo (...); bruscamente lo ciega y lo renueva esa revelación, la Ciudad (...) sabe que ella vale más que sus dioses y que la fe jurada (...) abandona los suyos y pelea por Ravena. No fue un traidor, fue un iluminado, un converso<sup>xvi</sup>*. Por el contrario, la Cautiva era una inglesa que había sido raptada por un malón y cautivada por la vida de las tolderías. La abuela inglesa de Borges, a la vez, se fascina y horroriza ante esta adopción de una cultura

diferente y ajena. “A esa barbarie se había rebajado una inglesa –dice Borges-. Movida por la lástima y el escándalo, mi abuela la exhortó a no volver. Juró ampararla, juró rescatar a sus hijos. La otra le contestó que era feliz y volvió, esa noche, al desierto (...) Quizá mi abuela, entonces, pudo percibir en la otra mujer, también arrebatada y transformada por ese continente implacable, un espejo monstruoso de su destino”.

Borges encuentra en esta historia, como afirma Beatriz Sarlo, “un perfil reflejado de la condición americana: vivir en la frontera (que también es una orilla) es condición no sólo de la historia de la cautiva sino de su propia historia y (por desplazamiento) de la literatura argentina”.

Para Borges, el país que había adoptado la inglesa del cuento –es decir, su propio país- era primitivo e *increíble*, y el continente que la hubo de arrebatarse y transformar, *implacable*. Indicios de ese sentimiento de *soledad* al que aludía Paz, de esa paradójica aventura de vivir como exiliado en un espacio propio, atraído por la cultura ajena que ha elegido. Representa, como Malinche, la renuncia a lo propio y la ambigua sensación de nunca pertenecer del todo a ninguna cultura. Borges sintió la atracción de un destino sudamericano, al que contrasta con las tradiciones letradas de la ostentosa Europa. Malinche encarna lo abierto hacia la novedad que representó el español “frente a nuestros indios –dirá Octavio Paz- estoicos, impasibles y cerrados”. Ambos evocan la voluntad de desarraigo y acaso no la negación de su origen, sino la potencia de una civilización en la que inevitablemente había que abreviar, y que coexistía con la *barbarie* del continente *primitivo e implacable*. La princesa azteca y el Borges criollo –aquel del Palermo que afluía entre música de guitarras y voces de cuchilleros- sintieron la irresistible llamada de la Ciudad reveladora y el impulso de su cautivante adopción. Seducidos por Ravena –la de

Droctulft, la de la cultura *universal* y la imposición- de alguna manera abandonan su aldea mínima, increíble y miserable.

El mito de Malinche y el rumbo adoptado por la inteligencia nativa del nuevo continente –de la que Borges es uno de sus más prestigiosos exponentes- resume, en cierta forma, la contradicción, el exilio interno, el infortunio del pensamiento y la enajenación de lo propio en el destino latinoamericano.

### ***Eleuterio y la paradoja puertorriqueña***

El caso de Puerto Rico plantea una situación diferente respecto de la *identidad* a la luz de su situación socio-geopolítica. En 1898, los Estados Unidos invadieron y colonizaron la isla centroamericana, que medio siglo más tarde pasó a convertirse en un *estado libre asociado*, acaso un eufemismo para designar su nuevo status colonial, a partir de 1952. La ambigua y paradójica situación de limitado privilegio por ser, a la vez, ciudadanos de los Estados Unidos pero carecer de sus derechos civiles como el voto, coloca al puertorriqueño –ya sea en su propio país o habitando suelo norteamericano- en una posición particular en el contexto latino.

Este caso aparece como la adaptación tropical del Síndrome de Estocolmo, fenómeno psicológico del rehén que toma partido por su secuestrador. Un repaso de esta sintomatología parece un diagnóstico de la vida en la isla. En efecto, Puerto Rico respondió a su cautiverio –invasión colonial- con lo que los psicólogos catalogan como estrategias del secuestrado para manejar su situación de víctima: dependencia, falta de iniciativa, incapacidad de decidir, atención excesiva a los deseos del secuestrador y gratitud por la

relación establecida, adopción de la perspectiva del victimario, al que se percibe como omnipotente, énfasis en sus actos de benignidad y hostilidad hacia los posibles liberadores<sup>xvii</sup>.

Curiosamente en los años '50 se estableció la existencia de una sintomatología conocida como *síndrome puertorriqueño* para describir un complejo de manifestaciones somáticas combinadas con terror, agitación y violencia, y que incluye parálisis, convulsiones, mutismo, estrés, y episodios cuasi epilépticos. La psicoterapeuta Patricia Gherovici ha podido trabajar estos síntomas en la población boricua –sobre todo en áreas urbanas de EEUU- relacionándolos con la particular situación social, racial y política del inmigrante puertorriqueño, haciendo de las experiencias individuales la alegoría de una situación colectiva. Según la analista, aquellos síntomas se asemejan a la *histeria* freudiana: sólo que, haciendo una lectura lacaniana, interpreta esa histeria como ejemplo paradigmático de la relación de poder entre sujeto y patrón. Freud identificaba como situación histerizante aquella en la que alguien se encuentra en situación pasiva, pendiente de la demanda del Otro. Una posición donde los deseos propios quedan en suspenso, reprimidos, subordinados al servicio de las necesidades del otro, y en donde cualquier intento de deseo independiente queda suprimido y relegado. “Una comunidad en su totalidad –afirma Gherovici<sup>xviii</sup>- puede actuar como *histérica* frente a un amo. Un amo que articula el discurso político de la mayoría. Allí, la histeria responde con la producción de una formación sintomática distintiva”. Estos síntomas –claramente visibles en los soldados nativos de la isla forzados a servir al ejército estadounidense- no son más que manifestaciones físicas que simbolizan la búsqueda desesperada de una forma de sobrevivir a una situación de dependencia crónica, de cautiverio permanente y de trauma irresuelto.

En el puertorriqueño, aquel sentimiento de *soledad* ha mutado en una dependencia exuberante y manifiestamente patológica, que recuerda a la lealtad apasionada a prueba de todo maltrato en la mujer golpeada. No es la seducción luminosa del Droctulft del cuento borgeano, atraído por una Ciudad que *era* el Universo. No es la fascinación de Malinche por la cultura del conquistador: muchos migrantes boricuas resisten el pasaje a la cultura norteamericana. No es el encantamiento por lo extraño sino la afanosa necesidad de adopción de lo impuesto, una suerte de esclavitud en cierta forma anhelada. Recuerda más el deslumbramiento y la actitud servicial de Moctezuma, para quien el extranjero que había invadido su reino era el mismo Dios.

Esta lealtad obsesiva y sumisa –que tampoco recuerda a la de la Cautiva de Borges, pues ella era feliz en el desierto del *increíble* país- ha sido recogida en la comedia “*Eleuterio*”, que “se ha convertido en sinónimo del pitianquismo descarnado, con sello de traidor y malagradecido para todo puertorriqueño que no esté dispuesto a besar los pies de cualquier espécimen de esa raza superior que son los americanos”<sup>xix</sup>.

También como Malinche, la protagonista de la novela “*La novia de los forasteros*”, del dramaturgo Pedro Rico -ambientada en un pueblo imaginario de la pampa argentina-, se enamora de los visitantes extranjeros con la secreta ilusión de encontrar en ellos un medio que le permita huir de la chatura pueblerina. Es esta, una vez más, la alegoría del espíritu latinoamericano: el enamoramiento de lo foráneo, la eterna espera de una salvación lejana, así como el reconocimiento de la impotencia propia por revertir la huella de ese continente *implacable* que lo vulnera en lugar de darle fortaleza.

Ya en 1900, el uruguayo José Enrique Rodó, en su famosa obra “*Ariel*”, inducía a los latinoamericanos a rechazar el materialismo de los Estados Unidos y a volver a su propia fuente nativa. *Ariel* representa la figura trágico-homérica que conoce y vive las posibilidades y debilidades de la *latinidad* contra el poder anglosajón de los EEUU<sup>xx</sup>, y que convoca a la resistencia moral para colgarse a los valores intelectuales de su propia herencia:

*La poderosa federación (Estados Unidos) va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aun más quizá en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria (...) Es así como la visión de una América deslatinizada por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos interesados por nuestro porvenir. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan.*

*Ariel* es la parábola de la América Latina, el continente *implacable* que arrebató y transformó a la cautiva borgeana. Para Rodó, *Ariel* era el imperio de la razón y el sentimiento, al que representaba como un “bronce primoroso” con las alas desplegadas y una actitud que “acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo”, una alegoría del propio destino de la Patria Grande:

*Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido*

*tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara  
inmutable de su veneración.*

- 
- <sup>i</sup> RASCON BALDA Víctor Hugo, *La Malinche* (fragmento de la obra teatral). México, 1998.
- <sup>ii</sup> MAURA Juan F., *Leyenda y Nacionalismo: alegorías de la derrota en La Malinche y Florinda “La Cava”*, en *Espéculo, Revista de Estudios Literarios* – Universidad Complutense de Madrid - 2003
- <sup>iii</sup> RASCON BALDA Víctor Hugo, ob.cit.-
- <sup>iv</sup> PAZ Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 2004.
- <sup>v</sup> PAZ Octavio, *Hernán Cortés: exorcismo y liberación*, Centro de Estudios Chilenos (CEDECH), 1985. Artículo publicado con motivo del 500º aniversario del natalicio de Hernán Cortés.
- <sup>vi</sup> VARGAS-HERNANDEZ José G., *Algunos mitos, estereotipos, realidades y retos de Latinoamérica*, en *Ciudad Virtual de Antropología – Recursos de Investigación* – [www.naya.org.ar](http://www.naya.org.ar)
- <sup>vii</sup> PALMA Milagros, *Senderos míticos de Nicaragua* (fragmentos), y OfertaNica.com; en [www.manfut.org/levendas](http://www.manfut.org/levendas) y [www.ucis.pitt.edu/class/nicaragua](http://www.ucis.pitt.edu/class/nicaragua)
- <sup>viii</sup> *Ibíd.*-
- <sup>ix</sup> JAURETCHE Arturo, *La colonización pedagógica*, en “*Los profetas del odio y la yapa*”, 3ª edición, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967.
- <sup>x</sup> VARGAS-HERNANDEZ José G., ob.cit.-
- <sup>xi</sup> JAURETCHE Arturo, ob.cit.-
- <sup>xii</sup> RAMOS Jorge Abelardo, *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones Coyoacán, 1961.
- <sup>xiii</sup> SARLO Beatriz, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1995. Y en “Borges Studies on Line”, <http://www.hum.au.dk>
- <sup>xiv</sup> en SEO Yoon Bong, *En las vueltas de “El laberinto de la soledad”*, *Sincronía*, Revista de la Universidad de Guadalajara, México, Verano 2002.
- <sup>xv</sup> SARLO Beatriz, ob.cit.-
- <sup>xvi</sup> BORGES Jorge Luis, *Historia del guerrero y la cautiva*, cit. en JAURETCHE Arturo, *La colonización pedagógica y otros ensayos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Colección “Capítulo”, 1982.
- <sup>xvii</sup> SANTIAGO María de Lourdes, *El síndrome de Estocolmo*, en <http://elguanche.net> 21/01/2003. La autora es miembro del Partido Independentista Puertorriqueño.
- <sup>xviii</sup> GHEROVICI Patricia, *Recuerdos del futuro: histeria, raza y ghetto hispano*, en “1895-1995: Estudios sobre la histeria cien años después”, Buenos Aires, Fundación del Campo Lacaniano, Tomo 1, Ediciones Kliné, 1995.
- <sup>xix</sup> María de Lourdes SANTIAGO, ob.cit.-
- <sup>xx</sup> José G. VARGAS-HERNANDEZ, ob.cit.-

### ***Bibliografía:***

Borges, Jorge Luis. *Historia del guerrero y la cautiva*, cit. en Jauretche, Arturo. *La colonización pedagógica y otros ensayos*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Colección “Capítulo”, 1982.

---

Gherovici, Patricia. “Recuerdos del futuro: histeria, raza y ghetto hispano,” en *1895-1995:*

*Estudios sobre la histeria cien años después*, Buenos Aires: Fundación del Campo  
Lacaniano, Tomo 1, Ediciones Kliné, 1995.

Jauretche, Arturo. “La colonización pedagógica”, en *Los profetas del odio y la yapa*, 3º  
edición, Buenos Aires: Peña Lillo, 1967.

Jauretche, Arturo. *La colonización pedagógica y otros ensayos*, Buenos Aires: Centro  
Editor de América Latina, Colección “Capítulo”, 1982.

Maura, Juan F. “Leyenda y Nacionalismo: alegorías de la derrota en La Malinche y  
Florinda ‘La Cava’ ”, en *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*. Madrid:  
Universidad Complutense de Madrid – 2003

Palma, Milagros. *Senderos míticos de Nicaragua* (fragmentos), y OfertaNica.com; en  
[www.manfut.org/leyendas](http://www.manfut.org/leyendas) y [www.ucis.pitt.edu/class/nicaragua](http://www.ucis.pitt.edu/class/nicaragua)

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económico, 2004.

Paz, Octavio. *Hernán Cortés: exorcismo y liberación*, Centro de Estudios Chilenos  
(CEDECH), 1985. Artículo publicado con motivo del 500º aniversario del  
natalicio de Hernán Cortés.

---

Ramos, Jorge Abelardo. *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, Buenos Aires:

Ediciones Coyoacán, 1961.

Rascón Balda, Víctor Hugo. *La Malinche* (fragmento de la obra teatral). México, 1998.

Santiago, María de Lourdes. *El síndrome de Estocolmo*, en <http://elguanche.net>

21/01/2003. La autora es miembro del Partido Independentista Puertorriqueño.

Sarlo, Beatriz, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires: Ariel, 1995 (y en “Borges

Studies on Line”, <http://www.hum.au.dk>)

Seo, Yoon Bong. “En las vueltas de *El laberinto de la soledad*”, *Sincronía*. Méjico: Revista

de la Universidad de Guadalajara, Verano 2002.

Vargas-Hernández, José G. “Algunos mitos, estereotipos, realidades y retos de

Latinoamérica”, en *Ciudad Virtual de Antropología – Recursos de Investigación –*

[www.naya.org.ar](http://www.naya.org.ar)